

menes que destruya á aquél y lo aniquile. Procuremos en seguida darle á esa planta toda la luz que necesita, evitando su ahilamiento, hagamos que sus hojas respiren una atmósfera transparente, límpida y pura, impregnada de todos los elementos de progreso individual y social que nos vienen de otras regiones mucho más fértiles y más feraces que la nuestra. Sólo así es como lograremos fundir en el presente, y sin menospreciar nada, los restos del pasado y los gérmenes del porvenir.

Por fortuna señores, nuestra herencia nacional pobre y modesta, no merece que nadie la desprecie. Nuestros aborígenes prominentes nos legaron dignidad, honra y patriotismo; nuestros conquistadores nos dejaron altanería, preocupaciones y vicios; el tiempo nos ha purificado haciendo surgir de esa mezcla heterogénea los hombres del siglo XIX que son los creadores y sostenedores de nuestra nacionalidad mexicana.

Mas si nuestra herencia ha sido insuficiente, nuestro medio en cambio es excelente, estamos en contacto con todos los pueblos más cultos del globo, comenzamos á asimilarlos su civilización y su cultura. Nuestro país en su período de paz, presenta hoy un vigoroso estado de cohesión social, cuyo núcleo ó centro lo ocupa el actual jefe de Estado, Señor General Porfirio Díaz.

El magisterio de instrucción primaria educando á la juventud, coadyuva con él en su obra magna de organización nacional; estemos seguros que nuestros hijos, los ciudadanos del porvenir, recibirán como herencia imperecedera, todas sus grandes virtudes, y ellas servirán más tarde de base y de sostén á la felicidad futura de la Patria.

México, 1898.



V

8 DE MAYO DE 1753¹

SEÑOR MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA:
SEÑORES:

EL héroe, es el hombre completo en la grandeza, ha dicho un escritor contemporáneo. Esta frase, notablemente hermosa y elocuente, sintetiza en pocas palabras la esencia misma del heroísmo, de esa cualidad suprema, que sólo corresponde á quien la ha conquistado por la sanción unánime de todos los hombres, ó cuando menos por la conciencia nacional de un pueblo. Pero tal vez, señores, os parezca enigmática en la forma, aunque en el fondo sea profundamente verdadera. Permitidme que pretenda ligeramentemente demostrarlo.

Dos caminos existen para la prueba en la investigación de todo conocimiento científico: en el presente caso, uno de ellos está en la historia, basta recorrer sus páginas, exhumar épocas, estudiar

¹ Discurso pronunciado por el Sr. Julio S. Hernández, con motivo del solemne aniversario del nacimiento de Hidalgo, el día 8 de Mayo de 1897.

nacionalidades, analizar instituciones, reconstruir sociedades y pueblos ya muertos y desaparecidos, y cuando en nuestra imaginación demos vida, acción y movimiento, á esos cuadros imponentes del pasado, veremos surgir llenos de asombro y de estupor, en excepcional y solemne comitiva, las figuras sublimes y grandiosas de los héroes de la humanidad.

En los tiempos fabulosos y oscuros de la historia, los héroes son, los dioses mitológicos, autores de hazañas imposibles, creaciones sempiternas y divinas de espíritus enfermos saturados de una atmósfera teológica, impregnada de temor, de candor, de sencillez y de inocencia. En los tiempos antiguos, los héroes son más terrestres, más humanos; más accesibles á las naturales necesidades y exigencias de la vida; son ya los hombres de poder, de fuerza, de energía; pero son caracterizados por el poder del músculo, por la fuerza del valor militar en los combates y en la conquista, y por la energía de una voluntad ciega que ejerciera un dominio casi brutal sobre los oprimidos y sobre los débiles. A los héroes de la fuerza física siguen los héroes de la fuerza moral, son los ascetas, los aniquiladores de la materia y de la vida fisiológica, los que se entregaban en alas del misticismo y de la contemplación celeste, los terribles é intransigentes metafísicos de la Edad Media, y los que constituyen hoy en su mayor parte, el santoral apocalíptico de la iglesia cristiana. Siguen los héroes modernos: los libertadores, los reformistas, los científicos, los inventores, los hombres que se preocupan por el progreso indefinido de los pueblos, los que plantean y resuelven los más trascendentales pro-

blemas de la vida individual y social, los que estudian á la sociedad como un organismo viviente; ya sea para desarrollar y robustecer sus órganos sanos, como para curar los que están enfermos, con el fin de restablecer el equilibrio y realizar después los elevados fines de la vida completa.

Pero dejemos ya los libros de la historia, reflexionemos un momento acerca de los hechos enunciados, hagamos en seguida una inferencia y ella nos probará la verdad de la tesis que anhelamos demostrar. En efecto, el atleta indómito de un poder físico supremo, el hombre de musculación hercúlea y formidable, el campeón pugilista siempre triunfador en cien bárbaros combates, no es para nosotros más que un lidiador vulgar, un animal humano bien desarrollado, un poco temible. pero nunca un héroe. Supongamos el caso contrario, el asceta inteligente y perspicaz, el místico cantor de las eternas glorias, el que guía y preside numerosas legiones de almas fugitivas, de cuerpos flagelados, de energías consumidas, de actividades muertas que apenas se alientan con el débil soplo de un ideal lejano é imposible ¡la esperanza de la vida eterna! ¿Y esto es heroísmo? No señores, esto es simplemente ignorancia completa de las leyes de la vida.

Contemplemos ahora al héroe verdadero. No es un hombre, es un genio; no se confunde con sus compatriotas, su figura se destaca y se distingue de entre todos ellos; no es una fuerza aislada y divergente, es la resultante en donde convergen todas las fuerzas dominantes de un país; no es satélite, es sol, es centro único hacia el cual giran todos los demás hombres; no es representan-

te del pasado ni del porvenir, representa sólo el presente; resume en sí todas las aspiraciones nobles de un pueblo, todas las tendencias civilizadoras de una época, su inteligencia es una fuerza creadora y productora, no de tradiciones ni de utopías, sino de verdades científicas bien meditadas y bien comprobadas; su corazón es un centro de amor, pero de un amor grande, inmenso, profundo hacia todo lo noble, lo bueno, lo bello, lo justo, lo verdadero; en él se albergan todas las grandes virtudes que se desprenden del más puro y avanzado altruismo; la abnegación, la constancia y como esperanza el triunfo, ó el sacrificio, ó la muerte; su voluntad es una energía siempre en acción, sin tregua, sin descanso, no desmaya, no se abate, no vacila, no tiembla, no retrocede jamás, en la derrota marcha impasible y resignado al cadalso: en la victoria resiste indiferente la embriaguez de la gloria, y los vértigos de la dominación: no hay en él ni una sombra de egoísmo, ni una mancha de orgullo. He aquí el héroe!

Ahora bien ¿Hidalgo fué un héroe? Bastaría el testimonio de todos los mexicanos honrados para contestar afirmativamente esta pregunta, y los demás que lo nieguen, no deben preocuparnos; son aberraciones de la naturaleza, instrumentos de la ingratitude, creados simplemente para que podamos aquilatar mejor lo que valen las grandes virtudes, y hacernos sentir con más vehemencia, el desprecio que merecen los grandes vicios. Por eso nuestro amor á la luz, nace del temor que nos inspiran las tinieblas; nuestro apego á la salud, por los estragos que la enfermedad produce; nuestros goces con la tranquilidad, por-

que hemos sufrido la tormenta, y nuestra magna veneración á Hidalgo, porque sabemos que hay pigmeos que lo denigran.

Mas vosotros señores, sabéis muy bien lo que es la egregia personalidad de Hidalgo en la historia de nuestra patria, no necesito por consiguiente repetir aquí lo que hay escrito ya con caracteres de bronce en la conciencia de todo mexicano. Por otra parte, mi voz y mi pluma, son impotentes para describir lo que sólo puede pintarse con rayos de blanca luz, en un fondo purísimo de cielo azul, para que podáis contemplar á vuestro sabor, la efigie majestuosa y sacrosanta de aquel insigne patriota que en su bien organizado cerebro, concibiera la sublime idea de romper para siempre la cadena férrea que nos ligó trescientos años con la vieja y turbulenta España: que en su corazón gigante lleno de fuego y de amor estoico, hiciera germinar en el alma de todos los mexicanos patriotas, la idea feliz y salvadora de ser independientes y libres, y que en su voluntad de acero, siempre decidida, enérgica y resuelta, no vacilase un solo momento en realizar su bello ideal, dando con viril aplomo y atronadora voz el grito de redención, de libertad, de independencia, para la hermosa patria mexicana.

Hidalgo para nosotros no sólo es libertador, héroe y caudillo; es además creador y fundador de nuestra nacionalidad; él mismo al herir de muerte al rabioso león de Castilla, arrulló y acarició con los ósculos de su alma bienhechora al nuevo embrión, único heredero suyo y que hoy en su juventud ya próxima á la virilidad, lleva como distintivo honroso entre los Estados más cultos en

América, el nombre de *México*, pueblo soberano y libre y que inspira con la más franca espontaneidad gran cariño y gran respeto en todas las naciones del mundo civilizado.

Tal es, señores, en poquísimas palabras, la grande y trascendental obra del inmortal Hidalgo, á nosotros nos toca como generación feliz, que hemos aprovechado los beneficios de una civilización cuya cuna fué mecida con paternal solicitud por nuestro padre y libertador Hidalgo; nos toca, repito, tributarle nuestra más honda y sincera gratitud, nuestros homenajes de veneración y respeto, nuestros pensamientos más castos y nuestras emociones más puras, haciendo además una enérgica protesta de conservar eternamente incólume su nombre y su memoria, en las generaciones inteligentes del porvenir.

Señores Profesores de la Capital de la República, vosotros que habéis sido los iniciadores de esta fiesta, que comprendéis con luminosa claridad lo que ella significa, que sabéis aprovecharos de su importancia pedagógica, que la utilizáis como un hábil recurso educativo para despertar en los niños los sentimientos patrióticos de la gratitud hacia nuestro libertador; recibid mis más sinceras y respetuosas felicitaciones, por el tino y el acierto con que procedéis iniciando á vuestros discípulos en la adquisición de las virtudes cívicas, que debe poseer todo ciudadano amante de su patria; recibid además mi agradecimiento, por la honra que me dispensásteis designándome vuestro intérprete en esta tribuna, para llevar la voz del Profesorado Nacional, el día solemne en que se celebra por segunda vez en la República,

con una simpática manifestación infantil, el aniversario glorioso del 8 de Mayo de 1753, día feliz, cuya aurora llena de esplendorosa luz, anunció con sus fulgores á todo el continente americano, la llegada venturosa á nuestro suelo; del ángel niño, del tierno infante, del Mesías mexicano, de Miguel Hidalgo.

Nada más justo, ni más noble, ni más legítimo, que la niñez mexicana lleve las frescas flores de su alma, en ramilletes simbólicos de la naturaleza, para depositarlas en la urna mortuoria que guardo los restos venerandos de aquel, que fué augusto niño, y después padre sublime de la patria.

Aprovechaos queridos niños de esta lección que recibís de vuestros Maestros, no la olvidéis jamás, y cuando lleguéis á ser ciudadanos útiles y honrados padres de familia, deberéis recordarla llenos de santo fervor, llamad entonces en torno vuestro, á vuestros hijos, y celebrad con ellos este nuevo día de navidad, fecha imperecedera, en que vió la luz, el ilustre creador de la gran patria mexicana.

*
**

Señor Ministro de Instrucción Pública. Siendo en estos momentos representante del Profesorado Nacional, me permito en su nombre expresaros su más profunda gratitud por la honra que le habéis concedido presidiendo esta sencilla fiesta de familia. Aceptadla Señor, satisfecho, de que el cuerpo docente de la Capital de la República, al invitaros para que toméis parte en dicho acto, cree firmemente en vuestro patriotismo, en vuestro

tro amor á la niñez y en que tenéis una fe inquebrantable en vuestra colosal obra sobre la regeneración escolar del país; además, vuestra presencia en este sitio, da nuevo aliento y vigor á los apóstoles de la enseñanza, y estad seguro, que de la misma manera que hoy acudís con nosotros á honrar la memoria de nuestro libertador; mañana, nuestros pósteros, honrarán vuestro nombre, como iniciador y autor de la reforma pedagógica en la Escuela mexicana.



VI

LA ESCUELA MEXICANA.⁽¹⁾

SEÑOR MINISTRO:
SEÑORES:

SURGIÓ por fin la patria mexicana. En el momento de su aparición en el planeta, la historia de la humanidad había recogido ya innumerables hechos. Los primeros fueron realizados por una raza aborigena, dotada de una gran virilidad en germen, de notables energías vitales, de una alma poseedora de exherhitante fuerza de progreso, de un corazón gigante organizado para las grandes emociones. Pero desgraciadamente aquella raza, aquellos hombres de poderoso aliento y de vigoroso empuje, necesitaba para vivir en un medio abrupto, virgen aún, con la belleza salvaje con que se ostenta la naturaleza; necesitaba gastar todo su poder, todo su vigor, toda su fuerza, toda su energía, toda su vitalidad, todo su aliento y su alma toda en el sostén triunfante de las primeras luchas de la vida. El yo individual del más fuerte, ensanchando

(1) Discurso pronunciado por el Sr. Julio S. Hernández, en la solemne distribución de premios hecha á los alumnos de las Escuelas Nacionales en la ciudad de Tlápam el día 12 de Marzo de 1898, por el Sr. Ministro de Justicia é Instrucción Pública.